

INTRODUCCIÓN

Cuando Gerald Brenan regresó a España en 1949, poco antes de instalarse en Churriana desde 1953, encontró un país miserable y estático, dócil y asolado. España había retrocedido de golpe a niveles de subsistencia ínfimos y había perdido también cualquier asomo de voluntad histórica de modernidad: vivía en una autarquía autodestructiva, exhibía unas nostalgias imperialistas sonrojantes, disimulaba su miedo levantando la voz y apenas se había sacudido de encima los destrozos de la guerra. Su extravagancia en la Europa contemporánea era ética, política, cultural y religiosa. Cincuenta años después, el espectador extranjero —puede ser un periodista culto como Gilles Tremlett, en *España ante sus fantasmas*— narra un país que apenas conserva rastros de aquella sociedad medievalizada y ausente del mundo moderno, y si los conserva son muy exiguos o puro objeto de parodia *kitsch* o posmoderna. El tránsito ha sido único en la Europa contemporánea, como los análisis de política comparada señalan una y otra vez.

Es difícil no reconocer en ese tránsito el momento más prolongadamente feliz de la historia española en los últimos siglos, y es difícil escapar también a la tentación —tan viciosamente hispánica— de atenuar su trascendencia o su irreversibilidad. Pero no es el caso de los autores de este volumen ni del director de esta *Historia de la literatura española*. El balance menos optimista o más plagado de reservas exige la identificación de los últimos cincuenta años como una etapa de progresiva y creciente expansión de las libertades políticas y civiles sin comparación con ninguna otra, dificultosa y enmarañada pero también sin vuelta atrás. Desde los años ochenta ese proceso ha culminado por fin. La España del siglo XXI es lo más parecido al sueño cumplido de una larguísima trayectoria de esfuerzos para manumitir a la sociedad española de las fuerzas del tradicionalismo, del integrismo religioso, de las tentaciones militaristas de un país cuya caracterización más sintética la ofreció un gran histo-

riador, Ramón Carande, cuando advirtió como rasgo capital sus «demostrados retrocesos».

Esa ley imperturbable ha dejado de ser operativa de una manera tan evidente como novedosa. El lector habrá advertido sin embargo que retrotraemos muy atrás el origen de la restitución de la modernidad, cuando apenas cabe hablar más que de su honda derrota: ¿en la plenitud del franquismo es posible hablar de modernidad cultural o de rehabilitación de una tradición liberal? La hipótesis de periodización que proponemos sitúa un origen —aún contradictorio y muy insuficiente— del proceso de modernización en los años cincuenta, y estima que desde entonces el despliegue de la modernidad literaria y cultural es complejo y sinuoso, a veces laberíntico pero también irreversible; de hecho, es irreversible incluso antes de la muerte física de Franco. Su hegemonía política es, por supuesto, inapelable en ese momento originario y en gran medida después: la censura no ha cedido nada de su capacidad de control (a lo sumo, se ha adaptado a la naturaleza cambiante de la sociedad española, que fue una astucia del sistema franquista), el exilio sigue siendo exilio, la libertad es nada más que una nostalgia o una improbable expectativa mientras Europa pasa de ser la encarnación mítica de un sueño excitante.

Tras veinte años de posguerra el Régimen ha alterado sólo mínimamente su relación de fuerzas interiores, ha habido algunos desplazamientos que simulan la lucha política en democracia por el control del poder, pero lo sustancial no ha variado. La sociedad española también ha empezado a registrar algunos elementos nuevos: algunas protestas interiores, alguna disidencia sonada, algún encarcelamiento o algunas multas, un incipiente relevo biológico, un atrevimiento algo mayor. Todavía es todo poco notorio. En cambio, lo que se ha animado impensablemente es la vieja quietud dócil del mundo de las letras, su atmósfera se ha despejado algo y el valor de algunos síntomas empieza a no ser ya sólo testimonial. El franquismo ha ido perdiendo el blindaje defensivo de la victoria y han asomado, si no disidentes que merezcan tal nombre, sí formas distintas de entender el poder de la victoria que discrepan de la hegemonía educativa y cultural de la Iglesia, que ensayan una actitud más conciliadora con los derrotados del exilio o del interior o, mejor aún, que han percibido la diferencia capital entre haber vivido la guerra como adultos o haber nacido a la vida adulta bajo el nubarrón del nacionalcatolicismo.

Esos elementos emergen desde los años cincuenta y el recorrido del laberinto se hace fascinante para detectar novedades y cambios de po-

sición que no van a cesar ya y que transforman la fisonomía de la vida intelectual española. La actividad literaria se puebla de insinuaciones, de alusiones, de denuncias latentes o de aspiraciones aún remotas y no siempre políticas o no sólo políticas. Lo decisivo es sin embargo la aparición de escritores que hablan con un lenguaje nuevo y menos encorsetado, y empiezan a explicar el mundo de la posguerra desde su experiencia de muchachos socializados en el franquismo pero ansiosos por desembarazarse de su opresiva vulgaridad y su reaccionarismo fatal. Sánchez Ferlosio o Ana María Matute, Jesús Fernández Santos o Alfonso Sastre, Ignacio Aldecoa o Luis Martín-Santos, Manuel Sacristán o Carlos Castilla del Pino, Carmen Martín Gaité o José Ángel Valente, José María Castellet o Jaime Gil de Biedma, Juan Benet o Carlos Barral son algunos de esos nombres nuevos como creadores y autores pero también como urdimbre humana de una actitud intelectual que irá extendiéndose gracias a sus iniciativas: nuevas revistas y nuevas editoriales, grupos de presión y nuevas empresas a lo largo de los años cincuenta y sesenta.

El mejor espejo de esas mutaciones fue la percepción que los exiliados tuvieron de ellas. Han aprendido desde mediados de los años cincuenta lo que Corpus Barga señaló en 1946 o lo que lideró Francisco Ayala en 1949: que había que alimentar desde el exilio la inteligencia honrada sometida bajo el franquismo como la mejor herramienta para hacer un futuro en libertad (después de Franco). ¿Empezó entonces un ciclo de lenta restitución de la modernidad en un sentido muy lato, genéricamente europeo? Corpus Barga lo percibió así cuando identificó el problema en la «exclusiva doctrina oficial» de la posguerra. Y es que esa doctrina sostuvo que la posición de España en los siglos XVI y XVII «frente a las nuevas ideas que entonces inundaron el mundo de nuestra civilización, Europa, fue acertada, y sigue siéndolo». Para el poder de entonces y para el poder franquista, en la marisma del medio siglo, era el mundo quien se había equivocado «y continúa equivocándose».

Dada la magnitud de la operación que ensayó el Régimen —la reencarnación de valores ideológicos y políticos extintos en Europa desde hacía demasiado tiempo—, la empresa antifranquista requería una operación de equivalente envergadura. Las tácticas de los partidos o la ilusión de un gobierno de la República en el exilio quedaban muy en segundo plano frente a la inmensa tarea que la inteligencia moderna tenía por delante: detener el avance de un corpus ideológico que estaba impregnando la docencia y la vida cultural, su misma vida cotidiana y la

ética corrupta o envilecida de la ciudadanía —lo detectó con transparencia un exiliado que regresó en 1947, Juan Gil-Albert, y lo dijo de viva voz un vencedor que ya no lo era en 1955, Dionisio Ridruejo— y reimpulsar el movimiento moderno fracturado con la guerra y la derrota de la República.

No se trataba ni de partidos ni de ideologías concretas, no se trataba sólo de ganar libertad para un texto de Lorca o una página de Machado; se trataba de reanudar un proceso de modernización de estirpe ilustrada mucho más primordial. Europa lo había retomado con la victoria de los aliados (y desde posiciones más avanzadas que las de España en 1936) y España se había autoexcluido de él. Pero había que confiar en que no seguiría así siempre y en que la ceguera ideológica o política de los intelectuales de la Victoria no iba a ser indefinida. A la fuerza debía llegar el momento de bajar las armas de la restauración nacionalcatólica de la esencia de la Hispanidad para rehabilitar las fuentes de una modernidad que estaban muy cerca y algunas físicamente vivas: Unamuno, Ortega, Azorín, Baroja, Juan Ramón Jiménez, Machado e incluso Eugenio d'Ors. El fermento de esa restitución, sin embargo, no iba a salir únicamente de la rectificación de los intelectuales y escritores de la Victoria sino también —y en mayor medida— de quienes habían permanecido en España negociando con la realidad su condición de vencidos.

Por lo tanto, la resistencia debía empezar restituyendo la racionalidad de la tradición humanística e ilustrada, lejos del invasivo contrarreformismo. Los indicios de que eso sucedería desde mediados de los años cincuenta han sido ya abundantemente estudiados y conviene tenerlos presentes para no seguir aceptando el discurso que la propaganda franquista mantuvo desde su relato mítico del origen. Contra lo que una y otra vez sostuvo el Régimen, no estaban refundando una nueva España ni iban a exterminar la tradición liberal, ni la modernidad agnóstica o atea se extinguiría, ni el ejercicio de la libertad en el arte y la literatura habían de morir en España para siempre, ni Dios o la fe iban a ser guías éticos para todos y a la fuerza sino más bien todo lo contrario. Hoy lo llamaríamos publicidad engañosa, porque esa propaganda no la creyeron ni tan siquiera sus intelectuales más solventes, aunque tardaran mucho en ser consecuentes con ese saber. Desde entonces ya no se detuvo ese movimiento de restitución moderna y quizá por eso también desde entonces empezó a erosionarse la posguerra como clima y estado de ánimo, en lo que tuvo de actitud resignada y medrosa. Lo que sucedió desde entonces,

visto desde un ángulo tan amplio, ha sido el despliegue diverso y desatado de una europeidad moderna, al fin normalizada pese a los múltiples ajustes que exigirían las condiciones específicas de un país con fuerte tradición católica y frágiles soldaduras con los ejes ideológicos de la Europa contemporánea.

La periodización literaria sin embargo debe identificar fases o etapas interiores más ajustadas al curso sutil de la historia de las ideas estéticas y de la emergencia de la producción literaria. Es difícil escapar a la impresión de laboratorio cultural democrático que produce la etapa que pivota alrededor de 1968 y sus irradiaciones. En esos años coinciden un puñado de obras que constituyen marcas de calidad literaria indisputables pero son también el registro sordo de otro mundo intelectual cuyas razones estéticas están vinculadas a razones de carácter ético, civil y hasta político. Varios vencedores publican en esos años obras que desactivan toda euforia de victoria; y eso vale para *Cinco horas con Mario*, de Miguel Delibes, y desde luego también para el Camilo José Cela de *San Camilo 36*. Pero lo que respira con una mirada autocrítica y cruda sobre la España nacida de la guerra son otras obras de escritores en su primera madurez: *Volverás a Región* de Juan Benet, *Señas de identidad* de Juan Goytisolo o *Últimas tardes con Teresa* de Juan Marsé son predicados literarios que esperan no un público con la cobardía aterida de la primera posguerra sino más bien miradas llenas de coraje, más lúcidas y ambiciosas sobre las exigencias del arte moderno, menos hipotecadas por la historia pasada.

Es un público quizá muy joven, lectores de veintitantos años, como el que buscan Pere Gimferrer en 1966 con su *Arde el mar*, José María Guelbenzu con *El mercurio* en 1968 o Manuel Vázquez Montalbán con su *Manifiesto subnormal* en 1969. Pero todos esos nombres —y su público— son asimismo activos seguidores de una sorpresa con valor de revelación y salto estético de futuro: la irrupción refrescante de la obra literaria en lengua española de otros jóvenes nacidos en Perú o Argentina, Colombia o Cuba. Mario Vargas Llosa escribe *Conversación en La Catedral*, Julio Cortázar ha publicado *Rayuela*, Gabriel García Márquez deslumbra a todas las audiencias con sus *Cien años de soledad* o Guillermo Cabrera Infante encandila a las élites literarias con sus *Tres tristes tigres*.

En la literatura española ya nada va a ser igual desde esa felicísima convergencia con las letras hispanoamericanas, no lo van a ser los nuevos escritores ni tampoco los nuevos lectores. Los cambios son de fondo porque son de forma, y el franquismo como hábitat cultural recibe la puntilla

que acaba con lo que era ya un moribundo desde casi cualquier punto de vista, excepto el político y el del aparato represivo. Faltan muchos años para que el marco jurídico sea democrático, pero la vida intelectual y literaria respira con otros pulmones, menos comprimidos y más oxigenados, y es capaz de ganar el papel de vanguardia democrática y liberal sin adjetivos políticos o militantes, convirtiéndose ya en una paradójica literatura democrática sin democracia. Las condiciones políticas cambiarán en los años setenta con la timidez o la prudencia de quienes debían trabar dos mundos antagónicos: el de un sistema represivo brutal e intransigente con los horizontes democráticos y el de los demócratas, muy plural —muchas veces el único común denominador fue el antifranquismo— y a la defensiva. La transición subsumió esos mundos en un solo sistema constitucional y de la misma manera, aunque por causas distintas, la literatura experimentó las primeras sacudidas de la multiplicidad: los públicos se diversifican, los escritores pierden definición tipológica, se vuelven proteicos y movedizos y revelan numerosas etiologías, descubren subgéneros literariamente rehabilitados —la novela negra e histórica sobre todo—. Se emancipan sin cortapisas ni coacciones de cualquier deber ideológico o político porque han metabolizado literariamente la antigua noción del compromiso político (que se hizo compromiso literario y ético).

Esta última es una conquista crucial que empezó antes, en los años sesenta, y que puede definir de una manera suficiente el marco de la literatura de la madurez democrática e incluso del siglo XXI: el ejercicio de la imaginación literaria carece de camino señalizado, rehúye autoridades intocables, aunque las tenga, se funde con corrientes extranjeras —en la época de una posmodernidad tardía para España, o muy desdibujada— o cuando menos las conoce y hasta las lee en sus lenguas originales. Los escritores se han hecho más viajeros y políglotas durante la democracia, al mismo tiempo que han inventado materialmente sus propias tradiciones: ya no ha sido necesario venerar en clave hispanocéntrica a Cela o Delibes, porque era perfectamente razonable preferir a Carpentier, a Rulfo, a Monterroso o a Vargas Llosa. A menudo los resortes imaginarios del escritor se han nutrido de una tradición anglosajona que ha tenido en España sus plataformas prestigiosas de difusión (y esa sincronía de la cultura española con la europea es otra novedad democrática crucial con respecto al franquismo, aunque no en relación con la Edad de Plata).

El retrato de la literatura española se habrá de parecer sin remedio al de otras literaturas europeas, aunque la realidad política haya sido tan

distinta. En los años ochenta la sintonía entre España y Europa sólo necesita una ratificación simbólica e internacional y a lo largo de esa década se construyen las condiciones civiles, políticas y económicas que la hacen posible. Así, en 1992 España cumple holgadamente sus tres compromisos internacionales: la Exposición Universal de Sevilla, Madrid como capital cultural de Europa y los Juegos Olímpicos de Barcelona. Pero el verdadero síntoma de madurez no fue el desarrollo de los fastos, sino la posibilidad de oír una frecuencia de voz muy crítica con las tres aparatosas consagraciones de la nueva España. Ése fue el papel que desempeñaron con razón y pasión algunos intelectuales cuyos orígenes biográficos estaban incrustados en la Dictadura pero que ahora hablaban de responsabilidad y probidad ética a una democracia adulta. Así, Rafael Sánchez Ferlosio o Agustín García Calvo, Juan Benet, Manuel Vázquez Montalbán o Félix de Azúa no dispensaron los elogios unánimes que tanta celebración propició, sino que expresaron sus juicios como ciudadanos con expectativas de otra ciudadanía y otras virtudes públicas.

La nueva democracia aspiraba a otros modos de hacerse europeo menos onerosos económicamente, más rentables culturalmente y hasta menos preconcebidos como productos de mercado. Los tres eventos estaban promovidos, sin embargo, por el poder socialista en el gobierno desde 1982 y los cinco escritores citados se movían en órbitas próximas a la izquierda, por lo que su papel de aguafiestas ratificaba, ahora sí, que en la cultura española democrática las voces únicas y los discursos unánimes eran cosa del pasado. Tres años después, en 1995, la revista *Magazine littéraire* dedicaba un número monográfico a «Espagne. Une nouvelle littérature, 1975-1995» y podía cerrar su presentación afirmando que «la literatura española de hoy, en su diversidad —que es también catalana, vasca y gallega—, es una de las más vivas de este fin de siglo». Y esa literatura diversa y viva no iba a desmentir el diagnóstico en los quince años siguientes.

Con la mirada puesta en la primera década del siglo XXI son evidentes varias cosas. La plena consolidación de un nivel literario que es exportable, carece de lastres o rémoras localistas y registra los rasgos de identidad de las letras occidentales del nuevo siglo (por ejemplo en la fecundísima hibridación de los géneros de ficción con los no ficcionales). Los escritores ya no se enorgullecen de ser carpetovetónicos ni de ignorar la literatura que se escribe en el mundo; la expectativa del escritor español no es sólo la frontera de su idioma y sabe que el valor de su obra —bien defendido

por una agencia literaria— será el arma de negociación para su difusión internacional. Y sabe también que el valor literario puede ser de muchos tipos, incluido el comercial y popular, e incluido también el más exigente y minoritario, el más inconformista o incluso el tentado por alguna forma de radicalidad.

Mientras fue difícil identificar en el meridiano de la democracia, hacia finales de los años ochenta, una poética común a los narradores, quizá el siglo XXI sí ha alzado como protagonista visible en el mundo literario la recreación del pasado fundador de nuestro siglo XX: la guerra civil y sus consecuencias, a veces con incursiones en el exilio. Pero en todo caso con la conciencia cultural de que esa etapa es, para quienes no la vivimos y somos nietos de la guerra, el espacio mítico del presente: el pozo profundo y estéril del que sin embargo nació una democracia sin la menor inquietud por sus esencias hispánicas ni por su especificidad, anuladas por el propio sistema cultural democrático y arrumbadas definitivamente por los nuevos sistemas de comunicación tecnológica. Es posible que ese fenómeno socioliterario pueda explicar la fatiga de alguno de los autores actuales, como Fernando Savater, por el regreso a algo que no les interesa ni teórica ni histórica ni culturalmente porque su biografía entera, como la de quienes maduraron con él —desde Eduardo Mendoza a Juan José Millás, desde Álvaro Pombo a Javier Marías o Guillermo Carnero—, estuvo dedicada precisamente a introducir toxinas extranjeras e inhabituales en la dieta cultural de la tradición hispánica desde la guerra.

En el mismo tramo histórico los hubo, sin embargo, que hicieron lo contrario, tanto si pertenecían a una generación de posguerra, como si llegaron a la edad adulta con la democracia: es la coherencia interna que va desde Manuel Vázquez Montalbán hasta escritores como Antonio Muñoz Molina, Luis García Montero o Javier Cercas. Las múltiples diferencias de estética literaria no disimulan una inquietud compartida por la naturaleza ética de los conflictos históricos. Incluso cada uno de ellos puede encarnar una modulación específica del compromiso del escritor en una sociedad democráticamente articulada y remisa a panfletos y otros entretenimientos: sus novelas, sus poemas o sus ensayos alteran intencionadamente la percepción más común del pasado y se detienen en su conflictividad oculta más que en la simplicidad de las opciones políticas.

Es tentador leer un círculo que se abre con la guerra como campo de batalla y con ella se cierra como campo mítico, pero quizá es una concepción excesiva a la geometría imaginaria de la historia. En todo caso, si

alguna forma geométrica dibuja el largo proceso literario que examina este libro es la de una espiral ascendente que ha estabilizado sus vueltas en los últimos veinte años de democracia sin ceder ya ni a la euforia infantil y narcisista ni al catastrofismo masoquista y cicatero con nuestro inmediato pasado y nuestra más inmediata actualidad literaria.

INSTRUCCIONES DE USO

Las obsesiones más tenaces de quienes firmamos este libro han tenido que ver con subrayar la convergencia intergeneracional en tantos tramos de estos últimos setenta años. De ahí que la organización interna de las partes y los capítulos haya aspirado a pautar no tanto los relevos generacionales cuanto la constitución de sistemas literarios complejos en cada una de ellas, donde las edades y los prestigios, las trayectorias y las influencias circulan en direcciones diversas, progresivas o retroactivas, en paralelo o en súbitos bucles y entrecruzamientos. Desde la década de los sesenta, a medida que se enriquecen los estímulos de la vida social y literaria —con la confluencia de la obra de los exiliados, la nueva narrativa hispanoamericana y la traducción de la gran literatura moderna—, ha sido prioritario reconocer la pluralidad de modelos o de códigos y la nueva amplitud del repertorio. También hemos querido abandonar la comodidad del relato unívoco, lineal y parcelado genéricamente, aunque hay un eje central que lo atraviesa todo. Está descrito en el título del volumen, que quiere ser tanto descriptivo como interpretativo. En la movilidad de un sistema literario complejo y muy cambiante durante el periodo que abarcamos concurren múltiples elementos conflictivos que inciden directamente en la armazón expositiva y narrativa de nuestro discurso. Para los primeros tramos de esta *Historia*, por ejemplo, el exilio está integrado en la trama literaria sin atenuar su especificidad pero, sobre todo, sin tratarlo como una provincia marginal al núcleo central de la historia. De la misma manera, hemos optado por entender como un ciclo propio de unos quince años largos la quietud espantada de la España de la posguerra.

Y aunque puedan parecer unas enfadosas instrucciones de uso, vale la pena añadir todavía alguna observación previa más. Desde el índice mismo el lector advertirá un rasgo que puede desconcertarlo y es que el extenso periodo histórico que abarca el volumen aconsejó renunciar al tra-

tamiento monográfico de la integridad de la obra de un autor en el momento de su aparición. La lectura del tomo debía ofrecer la evidencia de su evolución diacrónica en el contexto de unos cambios sociales y político-intelectuales a veces de gran relevancia. La esperanza de una lectura continuada para tantas páginas puede ser quizá ilusa, pero ha sido el punto de partida irrenunciable de la redacción conjunta. Sin embargo, el lector que utilice el volumen para realizar una consulta concreta o aislada deberá acudir al índice de nombres y obras, donde hallará las múltiples concurrencias de los autores en numerosos apartados, al margen del lugar en el que su obra reciba un tratamiento más específico. Han sido muchos, por fortuna, los escritores que no encajan en perfiles simples y han destacado no sólo como poetas o novelistas o dramaturgos o ensayistas sino a menudo en varias de estas expresiones literarias, de modo que su estudio e interpretación ha debido repartirse en distintos lugares del volumen.

La proliferación de bases de datos y canales digitales para acceder a la información bibliográfica ha aconsejado también, como regla general, evitar la enumeración de títulos y obras que apenas tendrían espacio para ningún comentario. Las obras de los autores más relevantes están mencionadas casi siempre con generosidad, pero en los de menor entidad —y en muchos de los más recientes— hemos optado por centrar el espacio —escaso pese a la extensión del tomo— en las obras más valiosas a juicio nuestro. Y lo mismo vale, con más razón, para la Bibliografía final, que hemos resuelto limitar a las ediciones más útiles de los textos (obras completas o ediciones anotadas y prologadas) y a los estudios críticos imprescindibles o que pueden servir de puente para acceder a una bibliografía más amplia. Un clic del *mouse* puede bastar hoy para obtener información bibliográfica exhaustiva sobre tal o cual poeta, ensayista, dramaturgo o narrador mientras que hemos creído que la función básica que debía desempeñar este libro consistía en proponer el argumento histórico y estético que teje la trama sucesiva y simultánea de las obras y los autores.

Serán muchos quienes detecten, para los tiempos más recientes, una sobreabundancia de nombres y pormenores. Pese al riesgo de la prolijidad y la falta de distancia histórica, desde el principio quisimos mantener el equilibrio de tratamiento para las tres grandes áreas cronológicas en que hemos dividido el periodo y, por tanto, rechazamos el expediente de reducir el tramo final a un epílogo de últimas noticias. La formidable

proliferación de autores en esta etapa nos ha obligado, sin embargo, a dejar en párrafos de síntesis las trayectorias de escritores que apreciamos y cuya obra se encuentra en plena marcha. También ha sido necesario modificar alguno de los criterios centrales del proyecto al que este volumen pertenece e integrar a autores cuya obra se publica en catalán, gallego y vasco. Su importante proyección en el resto de España explica su presencia aquí, sin que pretendamos suplir con esas páginas la función de una historia de la literatura catalana, gallega o vasca. Pero entre la omisión y el desarrollo sistemático, hemos adoptado un criterio funcional que no oculte uno de los factores de expansión de las letras en España más genuinamente novedosos de la democracia.

A nadie se le oculta, por otra parte, que el capítulo más comprometido de este libro es precisamente el que abarca la obra de autores en su mayoría vivos, con una ejecutoria incompleta y en marcha. El compromiso que implicaba la selección de nombres y obras y la valoración de las mismas hemos querido asumirlo en un grado de complicidad superior a cualquier otra parte de esta *Historia*. De ese modo, la redacción del extenso capítulo «La literatura de la democracia» y parte de la obra de los años setenta ha explotado sin desmayo las nuevas tecnologías —o, más precisamente, el correo electrónico y sus dichosos archivos adjuntos— para hacer posible una imposible escritura a cuatro manos y en sesión continua. Hoy incluso a nosotros nos resulta difícil señalar la paternidad estricta de este o aquel juicio, de esta o aquella frase, dado el nivel de simbiosis y complementariedad buscada en este capítulo.

No ha sido así del todo, por motivos de operatividad elemental, en el resto del trabajo y mientras Jordi Gracia ha sido fundamentalmente responsable de los tres capítulos de la Parte I, Domingo Ródenas lo ha sido de los dos primeros de la Parte II. Sin embargo, el lector entenderá bien la lógica de la cooperación si imagina que el resultado último es el efecto de una conformidad elaborada paso a paso y página y página, con los textos que recíprocamente hemos ido corrigiendo, revisando, reescribiendo y enmendando hasta dar con una redacción aceptable, al menos de forma provisional, para ambos.